

## El Laboratorio de Restauración del Museo de Prehistoria de Valencia

*Trinidad Pasíes Oviedo y María Amparo Peiró Ronda*  
*Servicio de Investigación Prehistórica*

Desde sus primeros años de existencia y junto a las labores de excavación, estudio y exposición de piezas, el Laboratorio del Museo de Prehistoria y del Servicio de Investigación Prehistórica se encargó de los trabajos de restauración de todos aquellos materiales que iban conformando la colección arqueológica. Su trayectoria, tal y como vemos reflejada en las *Memorias anuales de la Dirección o Labor del SIP*, ha sido complicada, pero llena del entusiasmo de fervientes amantes de nuestra cultura que se encargaron de recuperar y restaurar los diversos materiales con los escasos medios de la época. Han pasado muchas décadas desde su creación, muchos avatares y anécdotas que quedaron en la memoria de los distintos profesionales que han formado parte del museo. Hoy, iniciada una nueva andadura, desde el Laboratorio de restauración queremos recordar cuál ha sido nuestra historia en aquellos primeros años; y que estas líneas sirvan de homenaje a todos aquellos que, durante este periodo, se han dedicado a tan paciente labor con innegable dedicación y esfuerzo<sup>1</sup>.

*Los orígenes del laboratorio de restauración con nombre propio:  
Salvador Espí Martí.*

La historia del Laboratorio se remonta a los propios orígenes del SIP en 1927; nos centraremos, sin embargo, en las primeras décadas de su funcionamiento, donde el recuerdo está ligado a un nombre propio: Salvador Espí Martí (1891-1965), «capataz reconstructor» que entró en el Servicio de la mano de D. Isidro Ballester Tormo. Su ayudante fue José María Montañana que pasará oficialmente a formar parte de la corporación provincial en 1945, aunque ya venía trabajando desde tiempo atrás. Releyendo en las antiguas memorias y escuchando aún las palabras de algunos relatores, se entreve el tesón y la sorprendente capacidad de esfuerzo de estos profesionales que, a menudo con un jornal mínimo, dedicaron la vida a su trabajo:

Salvador Espí  
manipulando una de las  
piezas en el Laboratorio  
de Restauración del SIP.  
Hacia 1957-58.  
[Jesús Alonso. Papel. SIP]



«Los domingos, tomaba Salvador el tren y volvía cargado con un saco de cerámica que durante la semana siguiente limpiaba. Así nos dimos cuenta de los tesoros que aquel lugar guardaba. Entonces, su jornal (que sólo cobraba los días laborables) era todavía de seis pesetas» (Pericot, 1966: 9).

Aquel lugar era el Tossal de Sant Miquel (Llíria) y los tesoros hallados uno de los conjuntos de cerámicas pintadas más importantes de la cultura ibérica. La personalidad de S. Espí ha sido y sigue siendo recordada dentro del SIP; el primer jefe y organizador del taller era una persona modesta y trabajador incansable que pasó casi toda su vida ligado al mundo de la arqueología y la restauración, reconstruyendo centenares de

vasos cerámicos o, como mejor alguien expresaría luchando «por ajustar y suplir algunos tiestos» (*Las Provincias*, 28 de marzo de 1947, p. 8). Y a pesar de su enorme capacidad de trabajo tuvo que conformarse durante muchos años con el salario mínimo de un jornalero eventual y no será hasta 1939 cuando ingrese finalmente en la plantilla de funcionarios de la Diputación de Valencia. Su formación fue totalmente autodidacta, aprendiendo de la experiencia y perfeccionando poco a poco su talento.

La labor de S. Espí traspasó incluso las fronteras del propio laboratorio y su presencia fue solicitada en diversas ocasiones, allí donde se requería un trabajo de mayor precisión; el capataz reconstructor del SIP participó, por ejemplo, en las extracciones de varios de los mosaicos aparecidos en la localidad de Sagunt, así como en las intervenciones sobre materiales de Banyoles, entre otros (Fletcher y Pla, 1977: 61).

Como responsable del Laboratorio de Restauración, desde 1927 hasta su jubilación anticipada en 1959, las competencias de S. Espí iban más allá de las de un mero restaurador. De hecho no deja de ser curiosa la propia denominación de nuestra profesión en aquellos años, cuando se simultaneaban las labores de «reconstructor», o restaurador de piezas en laboratorio, con las de «capataz» o peón ayudante en excavaciones y otras actividades. Son incontables los trabajos que se iban realizando *in situ* en las propias excavaciones; más, eso sí, como trabajos de simple recogida de materiales que como tratamientos bien entendidos de conservación. Pero una labor que bien podía desempeñar un simple peón era tremendamente valorada y apreciada por los propios directores de las campañas arqueológicas, convirtiéndose arqueólogo y restaurador en figuras indisolubles. El propio Lluís Pericot, autor de un entrañable artículo escrito a la muerte de S. Espí, hablaba en estos términos del papel esencial que desempeñaba cuando le acompañaba a sus diversas excavaciones:

«Se podía tener la seguridad de que no deformaría un dato, una observación, aunque haciéndolo así perdiera un elogio o un reconocimiento a su método. Para don Isidro y para mí, esa lealtad se convertía en algo de veneración que le impulsaba a ser colaborador, amigo, ayuda de cámara, hombre providencial para todas las grandes o pequeñas incomodidades que la vida en el monte y las incidencias que estos trabajos llevan consigo» (Pericot, 1966: 9).

Aparte de los numerosos viajes de campo que se organizaban, la principal función del laboratorio era la intervención directa sobre los materiales recogidos. Así ha quedado reflejado en las Memorias que publicaba el Servicio de Investigación Prehistórica, ligado desde sus inicios al propio Museo (*Labor del SIP*). En la mayoría de ellas se introduce con las siguientes palabras:

«Vaso de los Guerreros»  
procedente del Tossal de  
Sant Miquel (Lliria)  
durante su proceso  
de restauración.  
Hacia 1940.  
[Papel. SIP D/5.733]



«Una de las tareas propias del laboratorio de este Servicio de Investigación Prehistórica, en la que se emplean muchas horas por su personal, es la dedicada a la limpieza, clasificación, reconstrucción y consolidación de los objetos que ingresan en el mismo como resultado de las prospecciones y excavaciones que se efectúan o a consecuencia de donaciones, y con la finalidad de realizar una selección para ser, los más interesantes, expuestos en el Museo, y los demás, almacenados convenientemente» (Fletcher, 1974: 101).

Pero los inicios no fueron fáciles; escasos eran los medios materiales y humanos e insuficientes los espacios y las infraestructuras. La ubicación del laboratorio sabemos que varió mucho a lo largo de los años, a raíz de los continuos movimientos de la propia corporación provincial. Su primera sede, aunque de manera provisional, fue un pequeño espacio que compartía, además, con el destinado al Servicio Agrícola de la Diputación, «local insuficiente, por su pequeñez, para una sola de dichas atenciones, menos había de serlo para ambas» (Ballester, 1931: 14-15); hasta que al poco tiempo, realizando algunas obras, se habilitó uno de los sótanos del Palau de la Generalitat:

«Se ha enlosado convenientemente; se construyó un vasar y un ancho poyo a lo largo de dos de las paredes, para la colocación y clasificación del material, cerámico especialmente, para cuyo lavado se han dispuesto dos grandes artesas forradas de plancha de plomo; y se ha construido y colocado, además el menaje complementario, tal como una amplia mesa y un clasificador de cerámica, con enrejado para facilitar su desecación» (Ballester, 1931: 15).

Allí, en estos primeros años de actividad, se limpiaron, clasificaron y reconstruyeron pacientemente gran cantidad de materiales procedentes, entre otras, de las excavaciones de la Cova del Parpalló (Gandia), la Bastida

de les Alcusses (Moixent), la Cova de la Sarsa (Bocairent), el Tossal de Sant Miquel (Llíria), etc. Más escuetas son las Memorias en cuanto a referencias sobre los antiguos métodos de restauración; gracias a los textos sabemos que de forma habitual se realizaban tratamientos en «agua acidulada» (Ballester, 1949a: 117) tanto para piezas cerámicas como para objetos metálicos. Los hierros, por ejemplo, se sumergían en agua hirviendo para, posteriormente, ser parafinados también por inmersión en recipientes especialmente diseñados (Ballester, 1942a: 25; Fletcher, 1951: 8; Fletcher, 1952: 6). Gran parte de la colección de armamento ibérico del Museo, tanto la que se exhibe en las salas como la que se guarda en los almacenes, ha sufrido este tipo de intervención. Asimismo, muchos de los materiales metálicos se trataron con limpiezas de tipo electroquímico y electrolítico.

Continuamente se reivindicaba la necesidad de dotar al laboratorio no sólo de espacios más amplios, sino de más personal. El periodo de la Guerra Civil fue especialmente fructífero para avanzar los trabajos del Laboratorio, a consecuencia de la paralización que supuso la contienda en lo referente al normal desarrollo de las excavaciones arqueológicas, tal y como nos relata I. Ballester:

«En el año 1935 y la primera mitad de 1936, o sea hasta el glorioso Alzamiento Nacional, el trabajo de Laboratorio se ha venido resistiendo, como en años anteriores, de insuficiente, pues era imposible que un solo empleado, el señor Espí, pudiese llevar al día los trabajos de lavado, clasificación y reconstrucción del material cerámico abundantísimo proporcionado por las excavaciones... El ambiente de inusitado desorden y de extremada violencia en que se ha vivido durante el periodo rojo, o sea en la mayor parte del tiempo a que se contrae esta Memoria, imposibilitando casi en absoluto las actividades del SIP en el campo, ha dado lugar a que se intensificaran en lo posible los trabajos de Laboratorio. Y buena falta hacía ello, ya que el exceso de atenciones corrientes e inaplazables,



Tinajilla y cálato conocido como «Vaso de la danza bastetana» procedentes del Tossal de Sant Miquel (Llíria). Hacia 1940. [Papel. SIP D/5.734]

Gran lebes de pie alto,  
con labio moldurado,  
conocido como  
«Vaso de la danza guerrera»  
y procedente del Tossal  
de Sant Miquel (Lliria).  
Hacia 1940.  
[Placa de vidrio. SIP 2.417]



como queda dicho, y la casi total carencia de personal retribuido que atendiera a las de que nos ocupamos, fue obligando a aplazar para mejor ocasión el atender a alguna de éstas, y ella se presentó al paralizarse la marcha ordinaria y normal del SIP, y pudo realizarse, como acabamos de exponer, en el periodo marxista» (Ballester, 1942a: 24-25).

Con el paso de los años la falta de espacio se hizo cada vez más preocupante y, finalmente, en 1951 comienza el traslado a los antiguos locales de Vías y Obras, en el Palau del Temple. En 1955 se produce otro cambio, acondicionándose en ese momento diversas estancias en el conocido como Palau de la Batlia, aunque la sede volvería a cambiar en 1982, situándose en la antigua Casa de la Beneficencia, donde hoy nos encontramos. Es por ello que el laboratorio ha tenido siempre que acomodarse a unos espacios y locales ya existentes que, en la mayoría de ocasiones, no reunían las condiciones propias del trabajo que allí se desempeñaba.

Sin embargo, a pesar de todos estos avatares, estamos plenamente convencidos de que la colección que hoy integra el Museo de Prehistoria se ha salvado gracias al trabajo de las personas que formaron parte del laboratorio desde su creación, en 1927, hasta nuestros días. Sin duda, es mucho lo que podemos y debemos aprender de ellos, cuanto menos la sencillez, el esfuerzo y la dedicación de toda una vida dedicada al patrimonio.

---

1

Las autoras quieren expresar su agradecimiento a Alía García, becaria del laboratorio, por su ayuda en la tarea de documentación y a Rafael Fambuena e Inocencio Sarrión por toda la información facilitada para la realización de este trabajo.